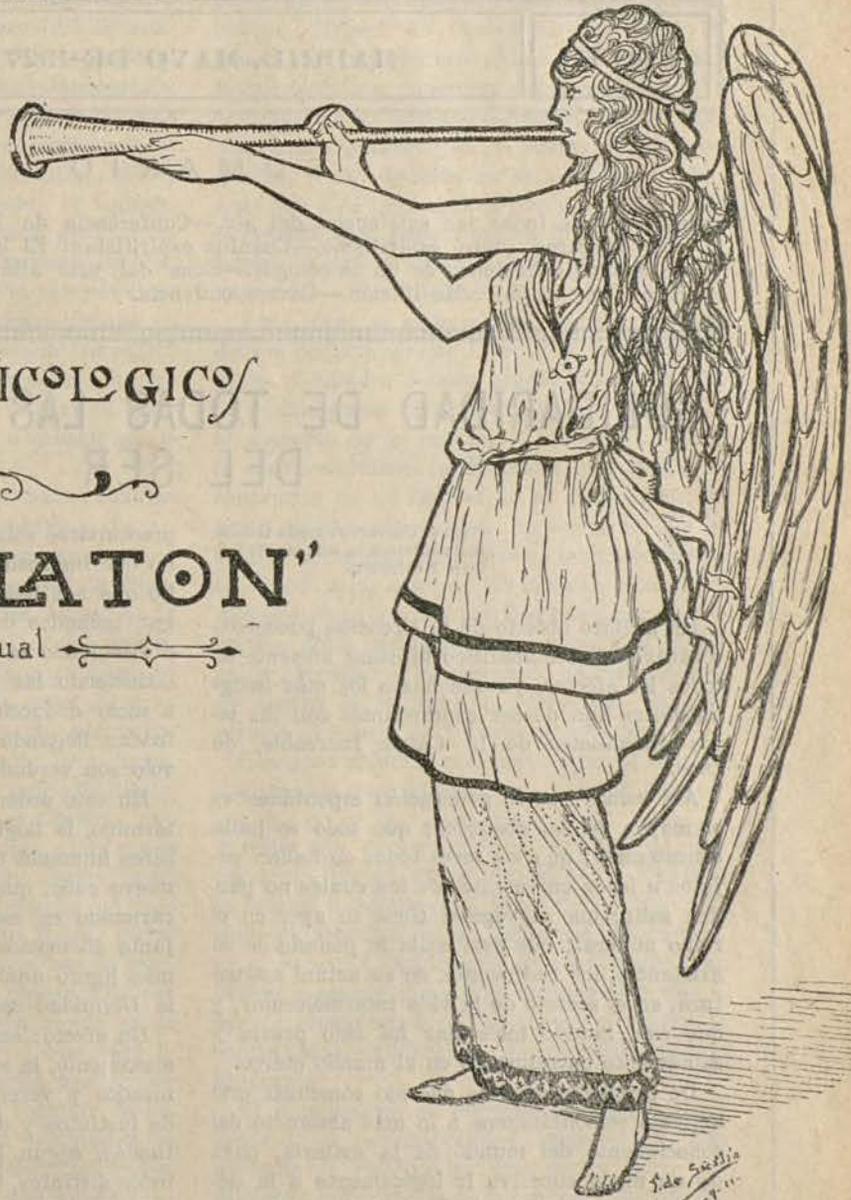




Revista de
 ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
 órgano del
 CENTRO PLATÓN
 Publicación mensual



*Ido Sella
 1927*

PLUS ULTRA

REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
ORGANO DEL "CENTRO PLATÓN"

P U B L I C A C I Ó N M E N S U A L

AÑO III

MADRID, MAYO DE 1927

NÚM. 20

SUMARIO

Solidaridad de todas las existencias del sér.—Conferencia de D. Quintín López.—Advertencias vulgares sobre espiritismo.—Cuentos espiritistas: El lazarillo del ciego.—La oración de Anna (Reflexiones de un psicólogo).—Ecos del más allá: Materializaciones en Costa Rica (conclusión).—Meditación.—Correspondencia.

SOLIDARIDAD DE TODAS LAS EXISTENCIAS DEL SER

En el Universo creado todo se halla sujeto a la inmanente Ley de la Evolución.

En el libro abierto de la Creación puede encontrar todo ser analítico la causa eficiente de todos los efectos, ya que hasta los más insignificantes han de ser concordantes con las leyes dimanantes de la Causa Increable, de Dios.

Así vemos que la generación espontánea es el mayor de los absurdos; que todo se halla concatenado; que los seres todos se hallan sujetos a leyes universales de las cuales no pueden salir; que el vegetal tiene su ayer en el reino mineral; que éste halla la génesis de su existencia, los rudimentos de su actual estructura, en el secreto de la vida intermolecular, y que este mundo molecular ha sido previa y sabiamente entrelineado en el mundo etéreo.

De propio intento he querido comenzar este artículo remontándome a lo más abstracto del conocimiento del mundo de la materia, para de un modo sucesivo ir lógicamente a la demostración palmaria de la tesis planteada. Ha sido norma en el hombre, en todos los tiempos,

preocuparse solamente de lo tangible, de aquello que impresionó nuestros sentidos, de aquello que nos halaga o nos repele; contados seres, tachados de raros, se han dedicado a ir discerniendo la verdad de la impostura, a ir deduciendo las concausas de muchos efectos, a sacar deducciones de ciertas hipótesis planteadas, llegando a conclusiones que para el frívolo son verdaderos absurdos.

En este orden de cosas aparece, en primer término, la ilógica afirmación de que todos los seres humanos del mundo Tierra son almas de nuevo cuño, que por un soplo divino van encarnando en este sector del Universo. Semejante afirmación gratuita no puede resistir el más ligero análisis, salvo que el concepto de la Divinidad salga muy mal parada.

En efecto: examinemos, aun cuando sea someramente, la idiosincrasia de los seres humanizados y veremos en ellos un conglomerado de instintos y de pasiones más o menos acentuadas, según la característica de cada uno, todos distintos, todos diferentes dentro del concepto genérico de la Humanidad. No hay efecto sin causa, reza el refrán; pues bien, si esto

es así debe existir algún porqué los hijos de unos mismos padres sean siempre el polo opuesto de sus progenitores; pues aun cuando suelen darse casos de que de padres modelos salgan hijos sin reproche, podemos aquí decir sobradamente que la excepción confirma la regla.

En la estufa de un jardinero hace éste plantaciones de gérmenes de hermosas flores; allí gradúa el ambiente, pone cauto el adecuado abono, y obediendo a un plan previsto, cuando la planta está en sazón la trasplanta, y ésta, en más amplio ambiente, con más luz, con más aire, recompensa los esmeros del floricultor envolviéndole con su perfume y su lozanía. ¿Ocurre así con el hombre? Desgraciadamente, todo lo contrario: el floricultor, mandatario de Dios en el cultivo de las flores, remedo de la excelsa belleza de la Causa Increada, obtiene siempre el premio de su trabajo; el hombre, mandatario de la Causa Increada, en lo relativo a la reproducción de la humana especie, de ordinario fracasa: rara vez el producto mejora la especie. ¿Cuál es la causa de que en estos dos intentos consiga el hombre su objeto en un caso y en el otro el fracaso más ruidoso? El porqué de este fracaso radica al margen de sus anhelos: es debido a causas que le son extrañas.

Veamos el porqué: sabemos todos cuantos comulgamos con la redentora doctrina del espiritismo que la génesis del hombre se remonta al comienzo del tiempo, que aquél ha pasado indefectiblemente por los tres reinos de la Naturaleza, y que efecto de la ley del atavismo, en su paso por tanto sendero, en particular en el transcurso de los más cercanos a su ingreso en el reino hominal, ha ido adquiriendo determinadas modalidades de propensión, y aun después de haber ido individualizado, ha hecho uso diferente del libre albedrío, que el padre le dotara en un principio como causa del mal o fuente del bien, según obrare; aquí tenemos, pues, la explicación evidente del porqué de tantas diferencias como física, moral y espiritualmente distinguen a un ser de otro.

Para mayor abundamiento, observemos esa labor de titanes que se está realizando en la fragua universal dirigida por el que todo lo puede, por el tiempo y en la danza vertiginosa de los días, y en ese constante batallar de las horas veremos que se adiestran voluntades, se pulen inteligencias, se perfeccionan aptitudes, se corrigen imperfecciones; en una palabra, se trabaja perennemente en pro de la perfección humana. De esta labor ciclópea han surgido

genios en todos los órdenes del humano saber, verdaderos luminares que ha ido guiando a las multitudes hacia un mayor adiestramiento, hacia una mayor perfección.

De esta meditación se deduce de modo palmario lo absurdo de la tesis en que descansa la trabazón de los intereses creados, que cual verdadera liana han ido entorpeciendo la marcha evolutiva de las pasadas generaciones hacia el bien, hacia Dios, y si no, dígaseme: ¿ha existido diferencia alguna, desde el punto de vista fisiológico, entre el desarrollo animal del que fué el manco de Lepanto, orgullo de la humana estirpe, Miguel de Cervantes Saavedra, en suma, y el un obscuro palurdo de su época? Indudablemente, ninguno; desde la concepción al último gesto, después del estertor de la agonía, ambos pasaron por el mismo proceso; en cambio, ¡cuán distinta ha sido la estela luminosa que a su paso dejara uno y otro, llegando Cervantes a la posteridad su inmortal obra y yendo el otro a sumirse en el panteón de lo anodino!

Pues bien: si esto es una verdad evidente, deberá observarse que Dios sería parcial e injusto si hubiera dotado graciamente a uno de preeminentes facultades que le colocaron en el pináculo de lo sublime y hubiera asignado al otro condiciones intelectuales que apenas le separaron de los límites de la animalidad; la única explicación lógica, racional, es que el Padre, el mismo para todos, intrínsecamente ha dotado a los seres de las mismas facultades, sólo que unos cuantos privilegiados, por propio mérito, obra exclusivamente suya, han conseguido sobresalir, han alcanzado un elevado rango dentro de la humana perfección, han resultado el espejo de futuras generaciones.

Con poco esfuerzo podemos llegar al convencimiento de que resulta muy corta la existencia, hasta de un centenario, para acumular durante ella, en un ser dado, el caudal de ciencia de un Séneca, de un Platón, de un Newton; la bondad e inteligencia de un Cristo, o el sentimiento artístico de un Velázquez, de un Greco o, en fin, la inspiración de un Chopin; todo induce a sentar como base inmovible que el ser va almacenando en sí mismo, a través de continuadas existencias, su peculiar trabajo milenario.

Si ampliamos el presente análisis al concepto de la responsabilidad, aparece aun más evidente la solidaridad que existe entre las distintas encarnaciones de un ser. En efecto: éste, según el uso que haya hecho del libre albedrío, según haya prodigado el bien o su

actuación fuera fecunda en mal, así resultará de sus actos que se haya hecho acreedor a recompensa o castigo; el concepto más rudimentario de la justicia de Dios impone una sanción o un premio; pues bien: los crímenes de un Nerón y las sanguinarias maquinaciones de un Borgia requieren de hecho un marco mayor que el de una existencia para saldar la responsabilidad en que incurrieran.

Tesis es ésta, la solidaridad de existencias del ser, que puede computarse como axiomática, por cuanto con ella quedan plenamente explicados todos los problemas de matiz psicológico. En el immanente sistema de leyes universales que rigen la Creación, ocupa lugar preferente la ley del Talión, dulcificada, por supuesto, por el caudal de misericordia que emana del Padre; con esta ley aparece como primera premisa la necesidad de la reencarnación, y como consecuencia de ella, el consuelo de que el castigo es siempre temporal, ya que en el curso de continuadas encarnaciones cabe al ser perfeccionarse paulatinamente, y no obs-

tante sus claudicaciones, ir corrigiendo pasiones y alentando su propensión al bien.

Admitidas como verdad inconcusa la reencarnación y la solidaridad de existencias, y por ende la perfectibilidad del ser, el Padre se halla situado al margen de la actuación del individuo; de El parten ráfagas de intuiciones induciéndole a la práctica del bien. El le envuelve en una atmósfera de amor y misericordia; del ser depende, pues, derivar hacia el bien o encenagarse sistemáticamente en el mal, todo es por tanto obra suya; los yerros padecidos hoy habrá de subsanarlos en existencias sucesivas; las claudicaciones habidas requieren el consiguiente castigo moral. Unicamente con el convencimiento de que son nuestras propias obras la determinante del premio o castigo a que nos hemos hecho acreedores, se puede afirmar que Dios es justo, imparcial, misericordioso.

ELÍAS.

Madrid y mayo de 1927.

Conferencia de D. Quintín López

El día 1.º de mayo se vió honrado el Centro Platón con la asistencia del veterano y culto espiritista D. Quintín López, quien, como en sus mejores tiempos, cautivó a la concurrencia con un discurso de elevados tonos científicos, que damos en extracto porque la torpeza de nuestra pluma no nos permitió tomar íntegramente la oración elocuente y serena del admirado conferenciante.

El Dr. Sánchez Herrero, por indicación del Presidente del Centro, D. Juan Tebar, hace la presentación de D. Quintín López, a quien reputa "Maestro de dos generaciones".

Don Quintín López: "Hermanas y hermanos: Lo que acabáis de oír me pone en un verdadero aprieto.

Soy muy inferior a ese que os han descrito; mi luz es la de un simple candil. En mis trabajos no hice otra cosa que darme la satisfacción de ilustrar mi espíritu, en busca de mi propio bien. En el estudio he encontrado la paz de mi alma y algo que me dice del más allá.

Raya mi edad en los sesenta y cuatro años, y aunque empecé a trabajar a los diez y ocho, no creo que el ser tan veterano sea causa de

que se me considere como un maestro, pues como todos soy un modesto estudiante.

He propugnado por soluciones de problemas que yo mismo me forjaba y acababa por destruir. He tenido por norte no temer a las hipótesis, que sirven primero para abrirnos brecha, y si nos convence de que estamos equivocados, nos enseña el camino para mejorar.

El espiritismo es un cuerpo en formación, y sabéis que Kardec dijo que sería integral, progresivo, científico.

Del espiritismo antiguo al actual varía en expresión, porque el progreso y la integridad de sus prácticas han de acompañar a la Humanidad hacia el Eterno. Cambiará porque sabemos menos que el abecé de una porción de problemas que están sin resolver porque no son de esta época.

En otro lugar nos preguntamos: ¿por qué en la mayoría de los casos son tan triviales las respuestas de los espíritus? ¿No les fuera más sencillo decirnos las cosas con clara exactitud y no que usen del simbolismo y empleen maneras y conceptos que no vienen al caso? No lo sabemos; pero como es un hecho, debemos

estudiar su solución. Es muy cómodo decir: el espíritu no alcanza más. ¿Por qué razón si lo que nos tiene que decir es propiedad de su archivo? Yo, a título de hipótesis, he considerado que no todo espíritu sabe, puede y quiere.

No sabe, porque la comunicación tiene que establecerse por un médium, y el espíritu ha de manejar ese teclado, y nosotros hemos de esperar lo que nos dé, y deducir las armonías es fácil a pocos espíritus.

La transmisión del pensamiento es un hecho; el que más y el que menos ha tenido fenómenos de esta clase. Yo he tenido uno.

¿Cómo se ha operado en mí ese fenómeno? Sólo sé que al entrar en esta calle hemos hablado de dos individuos a quienes yo tenía que visitar, y al penetrar en el Centro me encuentro en la puerta a esos dos amigos.

He aquí un fenómeno producido por choque de ideas.

Yo creo que las comunicaciones se producen así. Nuestras auras se compenetrán con las auras de los espíritus, y entonces nosotros damos la forma al pensamiento de los seres.

El poder... ¿Es que un espíritu por el solo hecho de traspasar el umbral adquiere poder? No, hermanos; el espíritu no puede infundirnos más que aquellos grados de ciencia que tuvo.

La experiencia adquirida no causa estado en los espíritus.

Yo sé que una nueva idea no se fija en mí sin que antes pase por el tamiz de mi razón. Esto les pasa a todos, y pasó a unos con más o menos consciencia que a otros, y lo vemos en el tropel de ideas que constantemente llegan a nuestro sensorio.

Querer. ¿Es que un espíritu por el simple motivo de la evocación ha de estar dispuesto a complacernos? ¿Es que ha de estar revoloteando a nuestro lado? No.

Yo creo que los espíritus tienen sus ocupaciones, que por necesidad, por propio impulso, han de trabajar, pues el trabajo es oración. Si esto no fuera así, el paso de una vida a otra resultaría infructuoso, y esto no es posible, porque el progreso no puede interrumpirse.

Si no se interrumpe durante el descanso, ¿por qué hemos de suponer que se interrumpa en el más allá?

El cuerpo físico se cansa, los apetitos se hastían; pero lo que no cansa es el deseo de saber que pertenece al espíritu, que necesita de eso como nosotros la luz para ver.

Sin embargo, agrupemos estas tres modalidades en distintos grados y pongamos a disposición del espíritu el médium, y siempre tendremos el inconveniente de manejar un instrumento que no es el suyo, y esto justifica que los espíritus se equivoquen. A nosotros, cuando hemos de utilizar ideas nuevas que no han causado estado en nuestra conciencia, nos cuesta un trabajo grande el expresarnos. Sucede lo contrario si usamos ideas de nuestro archivo.

Si el espíritu encuentra un médium bien desarrollado, puede expresar claramente sus ideas; si no es así, las manifestaciones son confusas.

Es de hecho un gran inconveniente, que no basta que un médium caiga en trance y dé una comunicación hermosa, pero que no convida a nadie. Necesitamos apurar todos los medios a nuestro alcance, pues pese a sistemáticos detractores, hay comunicaciones verdaderamente espíritas. Estamos en un tiempo en que en ese análisis psicológico debemos apurar todas las reglas.

Yo recomiendo al Centro Platón que por su Directiva se haga esa investigación escrupulosa, y que, sin dudar de los mediums, controle constantemente para poder decir: esta comunicación es de carácter espiritista, anímico o medianímico.

Cuando hayamos verificado esta labor podremos enfrentarnos con esos psicólogos sin psicología, que hablan de procedimientos psicológicos y no admiten la psiquis y sí únicamente que el espiritismo es una de las hipótesis verosímiles, pero no demostradas.

Nosotros tenemos que demostrar el espiritismo apelando a procedimientos filosóficos.

Se dice en Metapsíquica que la mayor parte de los fenómenos espiritistas son automatismos o prosopopeyas.

Nosotros alegamos en contra que de dónde le procedió ese automatismo al médium el día que dió la primera comunicación, porque automatismo es, por ejemplo, la pulsación en una máquina de escribir; pero antes de que el mecanógrafo haya adquirido el automatismo ha tenido que hacer un sinnúmero de experiencias. Lo mismo le sucede al pianista, al pintor, etc., y uno de los automatismos más conocidos consiste en la lectura.

Pese a la teoría de los metapsiquistas, se encuentran a granel mediums que de pronto producen raps, levitaciones, aportes, etc.; y yo pregunto: ¿de dónde procede el automatismo?

Y si admiten el fenómeno y que por el automatismo se produce, se lo concederemos; pero

ese automatismo que se ha producido sin preparación ¿cómo lo explican ustedes? Ellos no se lo explican, lo estudian; nosotros creemos que lo adquirieron en otra existencia.

¿Es que a nosotros nos causan grave daño esos impugnadores? No, hermanos; haciéndose la ilusión de que han acabado con el espiritismo no han hecho más que despertar nuestras conciencias, un tanto dormidas para sostener nuestros ideales.

Ningún espiritista que ingresó por el estudio claudicará porque le digan que nuestros fenómenos son fantasías de Kardec y de otros.

Tampoco abdicará el que haya presenciado un fenómeno real que le afecte, que se infiltre en su alma saturándole de esa fe que es inquebrantable cuando se opera con equidad, pues el que más y el que menos tiene un solo hecho que le mantiene firme en el ideal.

Las bajas... no deben importarnos; son de aquellos que, parecidos a mariposas que van de flor en flor, toman el polen de todas y no se sacian con ninguna.

Todos debemos ser eclécticos, que equivale a buscar las ideas que tiendan a ensanchar nuestro horizonte; no tener hipotecado el pensa-

miento y la convicción, alegrándonos de tener que desprendernos del error por conquistar una verdad más diáfana.

Tened presente que la verdad absoluta no la encontraremos nunca; ensancharemos nuestro horizonte para ir realizando por grados nuestra labor. Hemos de revivir, y en nuestra existencia nos quedará siempre algo por realizar y que será el sostén y esperanza de nuestra alma.

Os ruego olvidéis los ditirambos de vuestro Presidente. Tengo como un deber sagrado, donde me expreso con esta sencillez, decir con toda la lealtad de mi alma que expongo todo aquello que concibo, para que los demás lo acepten, si su juicio les dice es aceptable, o lo rechacen cuando su razón les aconseja rechazarlos.

Yo, que no reconozco la omnisciencia absolutamente en nadie, que creo que todos vamos en busca de la verdad, no quiero que mis palabras se consideren infalibles; deseo que sean analizadas escrupulosamente y que se saque de ellas lo que sea útil y beneficioso para el ideal. (Una estruendosa ovación premia la sincera conferencia de D. Quintín López.)

El Presidente, Sr. Tébar, da las gracias al orador en nombre del Centro Platón.

Advertencias vulgares sobre el espiritismo

Contristado el ánimo por el fárrago de creencias erróneas que campean en toda dirección, y que conturbando el cerebro de las personas sencillas, las hace caer en las más ridículas concepciones, dedicamos con amor estas vulgares advertencias, para que, como antídoto de las espirituales sustancias tóxicas que ingirieran, desvirtúen su acción perniciosa, saneando las conciencias con los puros aires de la verdad, con el sano alimento del investigador estudio, con la medicina bienhechora de una justa moralidad.

Antes de decidirnos a ingresar en el espiritismo precisa dedicarnos con ardor al estudio de sus principios y doctrinas. ¿Cómo abrazar una idea sin conocerla? ¿Cómo asimismo censurarla? Del desconocimiento de una cuestión, sea cual fuere su naturaleza, nacen los errores, y el error es siempre funesto.

El que emprende un viaje por camino equivocado para llegar al lugar que se propuso;

el que por desconocimiento tergiversa el diagnóstico de una enfermedad y aplica remedios contraproducentes al alivio y mejoría del enfermo; el que por ignorancia interpreta torcidamente una ley aplicando el castigo a la inocencia, cae en un error que siempre ha de costar gran trabajo subsanar.

Mas el error en que sucumbe el que abraza el espiritismo sin concienzuda meditación, inducido sólo por los fenómenos o por otras causas que no sean admitidas como resultado del estudio y un firme afán de mejorar su espiritual condición, es más grave, es mil veces más funesto, porque compromete seriamente la verdad de una causa que, admitida tal cual es, puede guiar su personalidad por derroteros seguros y precisos para alcanzar su progresiva felicidad. Error funestísimo, amasador y aliento de fanáticas y perniciosas concepciones que, adentrándose en las conciencias, da lugar a lamentables perjuicios para el intere-

sado, y a lameitabilísimos para el espiritismo, al que le presenta vestido de máscara, en vez de ataviarlo con la envoltura majestuosa y seria de su pureza luminosa.

Interroguemos, pues, a los que nos deben ilustrar en campo tan delicado y trascendental; preguntemos a los que pueden prodigar lecciones. Tesoros de enseñanza dió Kardec como divulgador lógico y racional, y otros muchos autores envolverán nuestras dudas en una atmósfera tal de convincentes juicios, de lógica tan acabada, de conclusiones tan adaptadas al poder de la razón, que nuestra alma se ensanchará de placer al observar que vislumbramos ya la satisfacción de un anhelo que no supo dónde encontrar.

No adoptemos decisiones con el juicio de los otros; aprendamos a poner en actividad nuestro propio juicio, que unido al buen sentido que necesitamos para comprender las relaciones de los espíritus con nosotros y a una dosis, mejor cuanto mayor sea, de sentimiento para gozar o padecer con los goces o sufrimientos de los demás, nos conducirá al sano espiritismo, para vivirlo y defenderlo como defenderíamos a Cristo, y para evolucionar incesantemente hacia la eterna perfección.

Hay quien cree que el espiritismo es padre de ridiculeces fanáticas, de groseras supersticiones contrarias, no sólo al buen sentido, si que también a la moral, y que todos estamos en el deber de combatir, como peligro y rémora del progreso y como enemigo de una dignidad que debemos siempre defender, porque es la dignidad de una idea sublime y redentora, en cuya cima ha de brillar con la claridad de toda su grandeza, de toda su verdad.

La superstición no cabe en el espiritismo, porque precisamente en él reconocemos la mayor aproximación a la verdad filosófica, y la superstición nace del error. El verdadero espiritismo declara la guerra a la superstición y al fanatismo de toda religión, y con especialidad a la del mismo espiritismo, por cuya pureza debe siempre velar. La idea espiritista no debe consentir por más tiempo que en su nombre la ignorancia, y acaso la maldad, sancione aberraciones, necesidades fanáticas, grotescos espectáculos, supercherías provocadoras de irrisorios sarcasmos, y que el espiritismo condena con su moral inflexible, con su enseñanza luminosa.

Otros creen que, siendo el Cielo patrimonio de los pobres de espíritu y tomando esta pobreza como sinónima de ignorancia o necedad,

aborrecen el estudio y menosprecian las revistas y libros, conduciendo sus actos con rutinaria repercusión y creyendo que todos sus pensamientos, acciones y palabras son propiedad de los espíritus que les guían. Reputan como inmundos multitud de alimentos y bebidas, y creyendo contaminarse con su uso, fanáticamente se abstienen de ellos. Llamen idólatra al que ora en un templo, o al que en su casa admira el retrato o imagen de algún espíritu elevado que fué bienhechor y ejemplo de la humanidad. Pregonan la inutilidad de la medicina y abandonan al poder de los espíritus la curación de todas las dolencias, de todas las enfermedades, con la sola aplicación del agua magnetizada, que, bajo la influencia de alguna oración, la convierten en panacea prodigiosa, a la que no hay dolor que se le resista.

Tengamos cuidado, hermanos, para huir de extremos tan peligrosos.

Si la convicción espiritista ha de nacer del justo razonamiento, del sano juicio y depuración de sus afirmaciones, indudablemente, necesariamente habremos de acudir a la ciencia para que nos ilustre en aquellos conocimientos auxiliares de toda verdad, ayudándonos con sus luces a desentrañar los problemas que a nuestro entendimiento se presentan. De ahí que el espiritismo tenga que caminar en cordial amistad, en amante identificación con la Ciencia, desechando el pensamiento equívoco de que sea patrimonio el Reino de los Cielos de esos pobres de espíritu que abrigán la necesidad de rechazar el conocimiento por el estudio de los descubrimientos científicos.

Si la tolerancia y el respeto ha de servir de base al buen espiritista, no censuremos ni llamemos idólatras a los que con verdadera fe y sana conciencia eligen el templo para orar; pues aun sabiendo que no existe lugar preciso para elevar nuestras súplicas, para dirigir nuestros anhelos, para rendir adoración, puesto que el Universo entero es el gran templo de nuestra verdad, y las conciencias los puros altares donde hemos de quemar el incienso de nuestras virtudes, el que encuentra el recogimiento y la abstracción en un lugar determinado, llámese templo, capilla o habitación, monte o llanura, cabaña o palacio, debe ser digno de nuestro respeto y consideración.

Tampoco debemos confundir la misión de curar dolencias, que puede habérsele impuesto a un espíritu esclarecido, y que lógicamente hemos de admitir que en la tierra ejerciera la Medicina y en el espacio subsana sus errores y sigue sus estudios, con ese poder curati-

vo que algunos fanáticos o desaprensivos atribuyen a los flúidos de cualesquiera entidad que tal vez tenga la misión de poner en ridículo tan abusivas prácticas, tan inútiles como irrisorias aplicaciones.

Acostumbrémonos siempre a razonar hasta los mismos razonamientos. No hay que atribuir a un dolor de cabeza, a una simple neuralgia, la malévola intención de un espíritu interesado en quitarnos la tranquilidad; ni atribuyamos tal poder al agua, que con ser mucho el que posee como apagadora de la sed y auxiliar imprescindible de la higiene, no llega a ser en manos inadecuadas panacea universal para curar todas las enfermedades.

Algunos sostienen que el espiritismo sólo consiste en la evocación, y como si los seres del espacio estuvieran enteramente a sus órdenes, sin otra misión que acudir a sus inoportunos llamamientos, prometen a la madre noticias de su llorado hijo; al hijo, la presencia inmediata de la madre; al esposo, los consuelos de la esposa. Y no es esto lo peor, sino que atribuyendo a los espíritus un poder que la mayor parte de las veces no poseen y una superioridad rayana ya en lo sobrenatural, los llaman para resolver las más graves cuestiones familiares, los más complejos y difíciles problemas sobre intereses, y admiten soluciones extrañas, que casi siempre son peligrosas, porque en su nombre y mandato se cometen muchas ligerezas: se otorgan testamentos, se forman matrimonios, cambios de residencia, etc., etc., que más tarde necesariamente tienen que lamentar.

Hay quien creyéndose elevado a una jerarquía superior aspira a ejercer el apostolado de la nueva doctrina y se crea atribuciones para bautizar, casar o enterrar a sus hermanos, practicando así lo que tanto combate en los demás.

Otros, más malvados que espiritistas, aspiran a explotar la ignorancia y buena fe de las gentes sencillas, ofreciendo sesiones donde el medium retribuido es un pobre ser de conciencia desaprensiva que convierle la redentora idea del espiritismo en granjería infame que le permita vivir holgadamente de la credulidad e ignorancia de los otros.

Así podríamos citar otros muchos escollos que de lo expuesto se derivan y que es indispensable conocer para que la semilla de la santa verdad caiga en el campo de una conciencia recta, de severa meditación, de moralidad justa y digna; pero lo expuesto es sufi-

ciente para que, sirviendo como voz de alarma, sea advertencia provechosa que prepare el entendimiento antes de abrazar los desconocidos principios que le han de conducir a su progresiva y ascendente evolución.

Huyamos, pues, de semejantes extremos, que de todo tienen menos de espiritismo.

El que cegado por la impresión de los fenómenos se agrupa a nuestras filas sin desmenuzar las comunicaciones, sin estudiarlas y someterlas al crisol de una depuración justa y sana, está más cerca del fanatismo que de la verdad, y, por consiguiente, no puede considerarse como espiritista.

El que todo lo fía a los espíritus y supedita su conducta y su salud al plan que aquéllos le marcaren, resquebraja su libre albedrío y se expone a servir de juguete a entidades malévolas o atrasadas, comprometiendo seriamente su mejoramiento y tranquilidad. Por tanto, éste tampoco puede llamarse espiritista.

Quien acepta nuestra idea para explotar la credulidad y vivir a costa de las penas y la inexperiencia, en vez de espiritista es un infame estafador, que por estar dentro del Código penal se le puede recluir, apartándolo del contacto con las gentes honradas.

¿Qué se precisa entonces para que uno pueda llamarse espiritista? Después de la creencia en un Dios, fuerza e inteligencia primera que todo hizo, esencia de cuanto existe y objeto de nuestro anhelo y adoración; después de admitir la existencia e inmortalidad del alma, y como consecuencia lógica la probabilidad de la comunicación, puesto que los que se fueron amándonos deben ansiarla como nosotros la suspiramos, sólo dos cosas son necesarias: primera, un detenido estudio sobre nosotros mismos, un examen de conciencia donde con imparcialidad plena, con severa rectitud que desdeñe las atenuancias del propio interés, se pongan al descubierto y en relieve abrumador todos nuestros defectos, todas nuestras miserias, y segunda, una voluntad férrea para destruir poco a poco nuestros pecaminosos instintos, depurando así el espíritu con la supresión de todo lo que le afea y envilece. Esto es: conocimiento de nuestro yo y propósito de mejorarlo.

La semilla que ha de traer al mundo el árbol benéfico y frondoso del amor universal, bajo cuyas ramas todos nos hemos de guarecer y de cuyos frutos hemos de alimentar el espíritu, se ha de extraer de nuestras conciencias. La supresión de los defectos trae

como consecuencia la adoración y el amor. El que ejecuta el mal es porque no ama. El que roba, el que calumnia, el que explota a un semejante, el que mata, el que desprecia por orgullo, el que se olvida de que a Dios hay que elevar los anhelos en todas ocasiones para bendecirle, es que está distanciado de ese sentimiento sublime que todo lo subsana.

Si todos estos males se van paulatinamente suprimiendo, a medida que desaparezcan el hueco que ocuparon se iluminará con lo benditos estufios del amor, y cuando el alma quede limpia y depurada de todos ellos, un bienestar expansivo la envolverá, derramándose a torrentes sobre sus hermanos, y en vez del robo surgirá la dádiva; la calumnia será alabanza; la explotación protectora, ayuda; el homicidio, defensa de la vida; el orgullo, modesta sencillez, y el olvido de Dios, adoración ferviente, amor perpetuo.

Esta será la semilla que el nuevo espiritista-

ta ha de buscar, para que echando en esta tierra de egoísmo y de dolor profundas y poderosas raíces, se eleve al exterior como el árbol de la paz, reinando como fruto en la conciencia colectiva como reinó en semilla en la conciencia individual.

Ser bueno: ésta ha de ser la aspiración constante del nuevo espiritista. Ser digno con la dignidad que resplandece en la virtud. Que la aureola de una moralidad sin mancha envuelva los actos del puro espiritista. Jesús predicó lo moral como su ciencia predilecta. El espiritista ha de continuar las enseñanzas de Jesús, y, por lo tanto, como Jesús debe practicar lo que enseña.

Si estas vulgares advertencias sirven de algo a los que aspiran a ingresar en el espiritismo, se habrá cumplido el ferviente anhelo de

UNA HERMANA.

CUENTOS ESPIRITISTAS EL LAZARILLO DEL CIEGO

Allá, al fondo de la populosa urbe, tratando hipócriticamente de pasar desapercibido para la curiosa mirada de las gentes, se elevaba el *cabaret* de moda. Al apagado reflejo que producía la nieve tapizando el paraje destacábase la mole gris, que haciendo brillar a trechos las luces del interior, difuminado todo por la penumbra de la noche encapotada y plomiza, simulaba el palacio un enorme brasero cuyo rescoldo se adivinaba a través del efecto de ceniza de la nieve.

La fiesta nocturna era el punto de reunión de gente alegre, viciosa y desocupada, sin otra misión que divertirse, cuya vida se deslizaba dividiendo cada día en dos únicas jornadas: una para arrastrarse por el cieno de los desenfrenos y placeres groseros, y otra para restaurar (con el descanso artificial, producido por las abundantes libaciones o por el sopor que ocasiona el agotamiento nervioso, fruto de la sobreexcitación propia de las orgías) sus fuerzas para seguir *viviendo* el día siguiente.

El amplio pórtico, a manera de quimérico dragón, iba tragando parejas y parejas, para aplacar la gula constante y saciar su vientre del manjar bárbaro de la lujuria y desenfreno con que se nutría. El continuo llegar de automóviles escapían junto a ella el humano ali-

mento, quedando después silenciosos, acurrucados, como arrepentidos de su complicidad, formando largas filas en los contornos del palacio.

Los salones fueron llenándose de piltrafas humanas, sujetas en pie por los últimos impulsos de los centros nerviosos excitados por drogas traidoras que, cobrando con usura su intervención, destruían, lenta pero eficazmente, con la intoxicación el organismo.

Ellas, ostentando sonrosados colores en sus mejillas, labios coralinos y fresca tez, todo hipócritamente fingido con los afeites caros que lanzaran al mercado las postreras concepciones de la química moderna. Ellos, cubriendo su linfático y enquecle cuerpo con irreprochable terno, más despreocupados, no disimulaban las huellas que el vicio marcara en su semblante, ni pintaban las precoces canas, regalo de las noches de bacanal, seguros de que todos sus achaques los harían olvidar, ante ellas, sus repletas carteras.

Cualquier detalle interior contrastaba con el ambiente de fuera, donde la ciudad dormía, descansando de la ruda labor, o velaba la enfermedad o el hambre de su hogar, ajeno al reto que a la honradez lanzara aquel montón de degenerados.

El calor sofocante de los salones parecía un insulto a los pobres seres que, sin hogar, tiraban encogidos, cobijándose en el quicio de las puertas, no pudiendo conciliar el sueño, por impedirlo la helada de la noche. Las risas de los concurrentes eran una mofa ante la angustia de la madre que, junto al lecho del hijo amado, ve escapar la vida de éste, arrebatada por la muerte, burladora del saber del médico. El derroche de manjares, cruel sarcasmo frente a tantos seres que piden pan (el nuestro de cada día, amasado con el trabajo), ofreciendo a cambio de él sus brazos fuertes. Los ríos de vinos carísimos, trasegados a mansalva, hacían pensar en las lágrimas de los pobres humanos que piden igualdad y que han hambre y sed de justicia. El dinero tirado a manos llenas, burlándose de la miseria, declarándose autor de que los artículos de primera necesidad no puedan adquirirse, o tan sólo en cantidad insuficiente para nutrir a quien produce y labora...

¡Antilógica y cruel desigualdad!

Dentro, en la casa del vicio, comodidades, atmósfera tibia y perfumada, risas y alegría, bacanal, orgía, festín, derroche de oro. Fuera, en el campo del trabajo y la vida, nieve, hielo, dolor, penas, hambre, jornal escaso, miseria... ¿Quién, viendo estas diferencias entre los hombres, hijos todos de Dios, no piensa y acepta como indispensable la reencarnación, testimonio de la Justicia Divina?...

Cerca de la puerta, apartados para no estorbar a los concurrentes, un montón de harapos intenta cubrir las carnes de dos infelices seres que mendigan allí una limosna en el nombre de Dios. Uno es un anciano, ciego, que trata de llamar la atención de las gentes arrancando notas como quejidos a un desencorinado y roto violín. Le ayuda en su tarea un arrapiezo de pocos años, quien, con su media lengua, importuna a los que van y vienen, para que dejen una moneda sobre el platillo que con graciosa granjería extiende ante ellos.

Lector, vamos a ver quiénes son. Llega conmigo, silenciosamente y, aprovechando la facultad de que goza todo narrador para averiguar las cosas, hazte, cual yo, invisible; escuchemos sin ser vistos y metámonos dentro de ellos para saber cómo piensan y sienten.

El rapaz no es pariente del anciano. Es hijo de un padre desconocido para él, porque su madre, de la que no recordaba porque la perdió

antes de poder darse cuenta, ni pudo hablar de él, ni decirle siquiera su nombre.

Fué recogido, al quedar huérfano y solo, por el ciego, vecino de la casa, no por altruismo, ni por caridad, sino para ser aprovechado como instrumento para pedir y como lazarillo para andar; más productivo, suplió al perrillo que aquél utilizaba y que supo morir en aquellos días, quizá para ceder el puesto al pequeñuelo.

No liga a estos seres ningún afecto; sólo especulación en el viejo e incompreensión en el muchacho. Con mucha frecuencia riñen; siempre que lo hacen es por interés: el niño cree tener derecho a participar de la colecta diaria, puesto que por sus manos pasan todas las monedas, y a veces tiene algún capricho, y casi siempre hambre. Entonces el viejo le insulta, le pellizca, le pega... Atemorizado y pesaroso, le entrega todo y se resigna conformándose con las sobras que aquél le da.

—Soy más viejo que tú—le dice—, preciso alimentarme mejor y debo guardar para si caigo enfermo. ¡Si no te hubiera recogido, descastado, ya te hubieses muerto de hambre! ¡Cría cuervos!... ¡Aún te quejarás, gandul!...

Al oírlo, el pequeño se bebe las lágrimas, dudando si así será la vida y el abuelo tendrá razón, y, calladito, se duerme, soñando que los niños de los señores, que van en coche y le dan *perras*, vienen a buscarle para jugar con él, le prestan vestidos nuevos y le invitan a mendar dulces, muchos duces...

Los años lo han trocado en mozo fuerte y robusto. Un día, unos hombres, que hablan un lenguaje extraño, charlan con el ciego; le llaman, le palpan, le acarician; el viejo le habla de *sacrificarse* por su porvenir, le dice que se vaya con los hombres aquellos, que le harán artista, para que gane mucho dinero. Ellos también le convencen con mimos y se lo llevan, al calor de los halagos que nunca gustó; confiado, se deja llevar. Al despedirse, ve que uno, el más gordo, el jefe sin duda, entrega unos billetes al ciego, que al despedirse, después de guardarlos, le dice adiós, le desea suerte; pero no llora como él, que, olvidando todo, siente dejarle.

Son titiriteros. En poco tiempo, con las lecciones y los palos del hombre gordo, se hace el mejor artista del grupo. Se da cuenta de ser el número de fuerza, el que produce dinero, el que atrae al público. Va bien vestido, come mejor, pero no dispone de un céntimo.

Sigue siendo explotado. Desea desligarse; pero ¿cómo?... No tiene más oficio que éste, y le faltan recursos para trabajar por su cuenta. Al protestar se le recuerda que fué comprado y debe trabajar casi toda su vida, hasta pagar el precio, que fué *mucha*.

Un día se decide a huir, para presentarse en un circo formal. Allí su arte puede interesar; explicará sus ansias y hallará protección, gozará de independencia, lo que gane será para él, no, como siempre, para otro más hábil. No creyendo digna su fuga, se decide a exponer sus deseos al jefe: le firmará un documento respondiendo de la *deuda*, que saldrá con el producto de su trabajo.

Casi llegan a las manos, después de escuchar insultos y ofensas. Es, sin embargo, dominado por el más fuerte. No quiere trabajar esa tarde: está nervioso, enfermo, no podría; todos le suplican, con lágrimas y caricias las mujeres.

—Está vendido todo el billeteaje—escucha de unos y otros—; el público, que no tiene culpa, espera, y ya sabes que viene a verte a ti...

Cede, al fin. Empujado, casi a rastras, sale a la pista. Los espectadores, ofendidos con la espera, no le aplauden como otras veces.

Debe saltar de un trapecio a otro, colocados en lo más alto del techo, dando en el aire un doble y peligroso salto mortal...

Los nervios, el disgusto, algo, en fin, le da inseguridad; pierde un instante, no llega a tiempo... Escucha un grito enorme, como escapado de mil labios, y cae...

Siente un dolor intenso, como de cien heridas; un rumor sordo y un zumbido lejano llegan a él, sin que precise quién habla ni qué es lo que suena. Lentamente va apagándose el dolor a la par que se esfuma la sensación del mundo...

.....
.....
Sin saber cómo, se encontró de espectador ajeno, presenciando el desarrollo de una lucha social.

Hace meses que la potente industria que da vida al pueblo, donde ganan el pan hombres, mujeres y niños, está parada y muerta, a causa de la huelga que provocó el ansia de mejorar su situación los obreros y la soberbia y avaricia de los patronos. Ya están agotados todos los fondos de reserva que aquellas pobres gentes guardaran para hacer frente a la lucha; falta el pan hasta para los pequeños, que, ajenos al conflicto, no se resignan a prescindir de él.

Ellas, más débiles, caen extenuadas por el prolongado ayuno. Ellos no protestan ya, porque no tienen fuerzas para andar siquiera.

Todos han claudicado. Ya desean trabajo, pagado como sea; precisan vivir y pasan por todo, prescindiendo del odio que sintieron, ante la miseria de los suyos, que van a morir de hambre.

Ni esto, ni las lágrimas de las mujeres, que suplican, portadoras de los hijos, que han enfermado de no comer, enternecen el endurecido corazón de los dueños de las fábricas, que ponen como condición el despido de los cabecillas, a pesar de saber que ya no son peligrosos, pues, abúlicos, parecen sombras de recuerdos, empezando a creerse responsables de la desdicha de todos sus compañeros.

—¿Es posible—exclama el titiritero—tanta maldad en los hombres y tanto rencor?...

Y al desear conocer a quienes no debían tener sentimientos humanos, se encontró ante ellos.

Reunidos en confortable salón y acomodados en muelles divanes, fuman magníficos tabacos y saborean aromático café mientras charlan. En la habitación inmediata se divisa la espléndida mesa, donde sobraron enormes cantidades de exquisitos manjares, resto de la recién terminada comida.

Se comenta la huelga. Algunos proponen se reanude el trabajo, toda vez que los obreros aceptarán el jornal que les sea ofrecido, y reducido éste lo más posible, en poco tiempo compensará la pérdida que el paro pudo ocasionar.

Uno de ellos, el director, sin duda, con voces roncas por la ira, se opone terminantemente.

—Poco nos queda—ruge—. Ya empieza a surgir el hambre, que merma energías a los revoltosos. Es preciso que acorralemos con ella a los iniciadores del movimiento, para que huyan, perseguidos por los demás, o se mueran.

Otro apunta compasión por los niños que, depauperándose, parecen esqueletos.

—Son ustedes cobardes para la lucha que no provocamos nosotros—sigue vociferando el director—, y si no fuera por mi entereza, se hubiera perdido la huelga. Que aguarden...

—No pueden más—interviene otro.

—Pues que se mueran; pero no cederé... Yo no tengo prisa. Lo que sobran son obreros, si estos sucumben.

Entonces comprendió el acróbata, que murió en la Tierra con la honda pena de no poder realizar nunca sus deseos, hasta dónde llega la maldad de algunos hombres, y pensó para sí:

“Esto no es justo; es la mayor de las infa-

mias, y este malvado se escuda con la impunidad que le da el dinero. Como él se sacia a diario, ignora lo que son días sin pan y noches sin abrigo. Este hombre merecía..."

Al ir a pronunciar el fallo para sancionar el delito aquel, algo terrible se operó ante su vista, llenándole de pavor:

Poco a poco, la cara del patrono fué transfigurándose, haciéndole reconocer que era él mismo... Al propio tiempo, para auxiliar la prueba, sin explicarse cómo, tenía frente a sí todos los detalles de su postrera encarnación y parecía como si estuviese viviendo a la vez las dos existencias.

Comenzó a razonar, e invadiéndole un remordimiento sin límites empezó a darse cuenta de su estado y comprender que era su mismo yo el actor en ambas. Eran dos actos de su vida como espíritu.

Y bendijo a Dios, que creó leyes tan justas que, por medio del dolor pasajero de una posterior existencia, depuran al espíritu de sus errores en la anterior. Ley amorosa y justa, toda vez que para ciertos delitos las leyes de

los hombres serían más duras y no ofrecerían la redención para todos los hombres y para todas las faltas, como las leyes del Padre infinitamente bueno y sabio.

Comprendió que aquella vida y su actuación en la misma fueron las encargadas de confeccionar la existencia siguiente, con todos sus dolores y lágrimas, que a la par sirvieron de bálsamo y medicina para curar y consolar el mañana.

Y la visión del Dios vengativo y severo que forjaran en su mente las dogmatizadas doctrinas, se borró para siempre, y empezó a vislumbrar destellos de un Padre amoroso, que al trazar al espíritu de los hombres un camino que conduce a la dicha, lo pobló de flores, y para cuando éstas se convirtieran en espinas, al contacto de sus torpes manos, puso junto al ribazo el caudaloso río de la reencarnación, donde los seres se laven las heridas que aquéllas les causen, y añadió, magnánimo y pródigo, el tiempo infinito para que cicatricen.

ANTONIO PALMERO FERNÁNDEZ.

LA ORACIÓN DE ANNA

(REFLEXIONES DE UN PSICOLOGO)

Ha habido espíritus en la Historia de tal elevación, que su vida constituye para la posteridad perenne manantial de enseñanza. Tal fué Anna, la esposa de Elcana, la madre del juez Samuel. La examino para aplicarla el análisis psicológico.

Elcana tenía dos mujeres. Anna, objeto de estas líneas, era estéril. Peninna, por el contrario, fecunda. Como la felicidad doméstica es incompatible con la poligamia y como la esterilidad era considerada entre los hebreos como una afrenta, Peninna se burlaba de Anna. Esta sufría y no quería comer. Sentía tedio por la vida. (Samuel, capítulo I, versículo 5.)

Y como Dios Nuestro Padre es el verdadero refugio de todos lo que sufren, porque como Todopoderoso *puede producir todos los efectos*, a El acudió Anna en busca de remedio para su mal. El Tabernáculo del Testimonio estaba entonces en Silo, y allí marchó Anna, llena de fe y de esperanza. Esta idea de acudir en su angustia a la Causa primera, a la Inteligencia suprema, por la oración, me re-

vela a un espíritu superior, no contaminado por el orgullo de la falsa ciencia.

El voto que hizo Anna en el Santuario de Silo, en presencia del sacerdote Eli, fué que si Dios Nuestro Padre le daba un hijo le consagraria al servicio del altar y le haría Nazareno (conservar la cabellera, sin que a ella llegara mano humana, para cortarla). (Samuel, capítulo I, versículo 11.)

Como Dios llena el espacio (*Omni presencia*) y lo sensibiliza con su propia substancia, en su Santuario estaba y oyó la súplica mental de Anna. Viendo que su petición era justa, determinó complacerla. Este es el medio de ser por El atendido: pedir dentro del circuito del bien, y en particular las virtudes, a las que nos permitirán, en la vida extracarnal, atravesar la Eternidad con la velocidad misma del pensamiento. (Fray Tomás de Villacastín: "Manual de ejercicios espirituales para tener oración mental." Madrid, 1781.)

Como Anna oraba mentalmente, sin que se oyese palabra alguna, y viéndose sólo el movi-

miento de sus labios, el sacerdote Eli la tuvo por alcohólica y la reprendió con acritud. Juicio falso que demuestra los errores en que incurren los observadores superficiales. (Samuel, capítulo I, versículo 13.)

Tan triste como fué el viaje de Anna a Silo fué alegre la vuelta. En lo más profundo de su alma sentía la certeza de que su voto había sido oído por Aquel que, según la frase de Dante Alighieri, *puede todo lo que quiere* (Dominio absoluto sobre las causas segundas).

Tuvo Anna un niño, y le puso un nombre muy adecuado: Samuel, cuyo sentido es: De Dios obtenido. (Samuel, capítulo I, versículo 20.)

Este fué un ser de inteligencia extraordinaria. Criado en el Santuario con el sacerdote Eli. Dotado de las mediuñidades vidente y auditiva. Del don de profecía y el último de los jueces que tuvieron los hebreos.

Cuando el niño fué destetado, Anna lo llevó al Santuario, para que allí se quedase durante toda su vida. Y dijo: "Dios me lo dió y yo se lo devuelvo." (Samuel, capítulo I, versículo 28.)

De estos hechos yo deduzco, como dijo el espíritu puro Gabriel a la Virgen María, cuando la anunció que su prima Isabel (la madre de Juan Bautista, que era llamada la estéril) estaba en el sexto mes de su embarazo, que *ninguna cosa es imposible para Dios*.

Pienso y digo que siendo Omni-presente, tiene que ser Omni-actuante, y se me permite esta palabra. A un Ser así no puede oponerle obstáculo alguno la materia pesada. ¿Qué es la esterilidad? Una enfermedad. ¿Y ésta? Una anomalía de la circulación de los átomos, por el peri-espíritu. Luego quien pudo producir un movimiento morboso, ¿no podrá obtener otro reparador? Es evidente que sí.

Pensándolo despacio, es la materia pesada la que enferma y muere. Ni es el espíritu, ni tampoco el peri-espíritu. Ni el Yo, ni su nexo. Por saberlo, dijo Letamendi que la materia pesada, tan pronto podía ser la más fiel aliada del individuo (salud), como su más mortal enemiga (enfermedad).

Cuando nació Samuel se llenó de alegría el alma de Anna. Dijo una oración en acción de gracias, de altísimo valor filosófico, que me propongo ahora examinar, porque lo merece.

"No hay refugio como el Dios nuestro." En efecto; un ser sensato, a quien hiere la adversidad, debe inmediatamente acudir a la plegaria. Su Creador le responderá en el acto, por la inspiración de una idea salvadora de aque-

lla dificultad, como vemos los creyentes todos los días. (Samuel, capítulo II, versículo 2.)

"El Dios de todo saber es Jehová." Esta idea es un hermoso acto de adoración, de profunda humildad. Es el pleno reconocimiento de que posee una Inteligencia suprema. Es el *Unico sabio que existe*, porque lo sabe todo (*Omniscencia*). Mientras que nosotros los hombres, cuando más, llegamos a eruditos en tal o cual ciencia particular. Y aun en ésta, su investigador se queda del lado de acá de la esencia, puesto que su entendimiento, en la vida intracarnal, está oscurecido por la materia pesada.

Ahora bien: como el saber está en razón directa del poder, o sea, a mayor saber mayor poder, de ahí que su Omniscencia sea la causa verdadera de su Omnipotencia. (Samuel, capítulo II, versículo 3.)

"A El tocó pesar las acciones." (Samuel, capítulo II, versículo 3.) Luego el gran mérito que yo encuentro en Anna, en este instante, fué comprender que esa balanza del mundo del misterio, en que mucho más tarde fué pesado el rey Baltasar, el hijo de Nabucodonosor, es la voluntad de Dios. El es el Juez.

Nuestras acciones no pueden ser juzgadas por semejantes nuestros, ni en este mundo, ni en el otro; por seres llenos de imperfecciones, por seres falibles. Para ser apreciadas en su valor exacto se necesita la infalibilidad de la Divinidad.

He aquí por qué Jesús se oponía a que los hombres se juzgasen entre sí, y nos dijo: "No juzguéis y no seréis juzgados. No condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados." Ideas en que resplandece la luz de su perfecto amor.

Además, Anna se dió perfecta cuenta de la Omni-actuación de Dios en el mundo material; gobierno providencial de esta Humanidad. Es decir, que no le concebía sólo en el cielo, sino actuando, por medio de hechos visibles y tangibles, en la vida diaria.

Así dijo: "Jehová mata y da vida; hace descender el sepulcro y hace subir; empobrece y enriquece; abate y ensalza." (Samuel, capítulo II, versículos 6 y 7.) *Este el gobierno providencial de las Humanidades planetarias*.

Luego de eso deduzco yo que, bajo su voluntad, sus hijos somos como espigas bajo el huracán, o las teclas del piano bajo las manos del pianista. Y la Historia lo demuestra en sus páginas con ejemplos convincentes. Y siendo así esto, la oración es tan necesaria para el

en la mano. Al alumbrarse la sala se vió que eran dos manzanas de las que había en el terreno de la finca y se notó que del extremo superior del pezón manaba abundante y fresca savia, lo que era signo inequívoco de que las frutas acababan de ser separadas del árbol."

En esta misma sesión Mary Brown hizo algunas declaraciones muy interesantes acerca de la vida ultraterrena, contestando a preguntas de los presentes. Sus noticias aparecen así resumidas en el acta de la sesión:

"La música y el canto no existen en el mundo espiritual, al menos en la forma que aquí tienen esas manifestaciones del sentimiento, pues careciéndose como se carece de materia en estado concreto y de órganos para la producción de la voz, es imposible producir o emitir sonidos de ninguna especie; pero, en cambio, hay goces intelectuales y morales mu-

cho más puros y profundos que cuantos en la tierra es dable sentir o imaginar.

"Para nosotros, la existencia de Dios es una verdad axiomática. Dios no puede ser percibido por el hombre, como El percibe las variadas formas del universo físico, pero se siente y se comprende su influencia bienhechora. Los rayos que de su esencia se desprenden llegan a los seres racionales, produciendo en ellos diversos efectos, según la condición de cada uno; así hacen que en el criminal brote el arrepentimiento; en el abyecto, el deseo de rehabilitación, y en el justo los anhelos generosos y los celestes goces. Los hombres que ocupan un lugar intermedio entre el bien y el mal (que son los que forman mayor número, en variedad infinita), no tendrán al morir los te-

(Continuará.)

MEDITACIÓN CORRESPONDENCIA

Como buho rondando la espadaña,
de la Vida en los áridos desiertos,
la sombra de la Muerte me acompaña
y escucho en mi redor sus pasos yertos...

El cruel velo que así la Vida empaña,
mostrándonos sus límites inciertos,
"quiero romper... ¡Mas vana es mi campaña
y todos mis esfuerzos quedan muertos!

Ya voy desesperando en mi esperanza
al ver que de este mundo en la mudanza,
y a merced de sus ráfagas inquietas,
soy un grano en desiertos arenales,
¡y así conmigo todos los mortales
en la carrera astral de los planetas!

FEDERICO DE MENDIZÁBAL.

Antonio Olmedo (Talavera de la Reina).—Con las cinco pesetas recibidas tiene usted abonado todo el año actual.

Francisco Gaspar (Hellín).—Es usted suscriptor desde abril.

Ramón Felarroya (Manzanillo).—Se le suscribe por año a la Revista, que cuesta cinco pesetas. El libro del doctor Sánchez Herrero vale seis pesetas. Envíe 11 pesetas más gastos certificado.

Manuel Tirado (Rute).—Se le sirven dos ejemplares.

Nicasio M. Díaz (Gijón).—Con puntualidad se le sirve el periódico.

María Morales (Jaén).—No se publica la poesía que manda porque concedido el indulto a los presos no es de oportunidad.

F. Mendizábal (Jaén).—Hecha variación. Mándenos poesías, que son estimadas.

José Puey (Barcelona).—Recbí su carta y suscripciones, que agradezco. Con mayo se le enviará un buen paquete de periódicos atrasados para que usted los distribuya.

Juan Carrillo (Murcia).—Agradeciendo su carta, se le sirve el periódico, rogándole lo propague en ésa, donde no tenemos suscriptores.

Joaquín Gallarza (Cerro Hierro).—Recbí importe suscripción.

Demetrio Carmona (Boniche).—Idem íd.

Doctor Manzano (Zaragoza).—Idem íd.

Los periódicos, siendo la palanca que sostiene la fe y que estimula el entusiasmo, viven precariamente por apatía de los que sólo con llamarse espiritistas creen haber cumplido con su deber.

PLUS ULTRA tiene mantenedores entusiastas que sabrán sostenerlo por cima de todo.

Sociedad
de
Estudios Psicológicos

— — — — —
"CENTRO PLATÓN"

Barco, 32, bajo.

MADRID

CUOTA MENSUAL:

Asociados varones. 3,50 pesetas.

Señoras 2,50 »

En esta cuota está comprendida la suscripción a la Revista.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. con residencia en
..... calle núm. piso se suscribe
a la Revista **PLUS ULTRA** por (1).

Firma del suscriptor,

NOTA. Remítase este Boletín a la «Sociedad de Estudios Psicológicos», Barco, 32, bajo, enviando por Giro Postal, o en sellos de correos, el importe de la suscripción, que es: trimestre, 1,50, y año, 5 pesetas.

(1) Trimestre o año.